

describir esta gran lucha. Los plebeyos en el Aventino habian pedido á los patricios un pacto. Esta demanda elocuentísima enseña que el derecho amanecía en su conciencia, que la libertad hablaba en su corazón, que allí, al pié del Aventino, el alma del siervo, del cliente, habia dejado su triste larva, y comenzaba á volar por más espléndidos y dilatados horizontes. ¡Un pacto! Es la primera carta de naturaleza que el plebeyo toma en la ciudad. Pero toda libertad que no se funda en la ley es como una palabra escrita en el viento. Lo primero que habian hecho los plebeyos habia sido negar la tiranía; despues necesitaban afirmar, extender una base donde alzar su personalidad recién nacida en la montaña de las tempestades.

El pueblo solo habia sido *objeto* de derecho, queria ser tambien *sujeto* de derecho. Para esto necesitaba levantar un senado plebeyo frente á frente del senado patricio, las asambleas del pueblo frente á frente de las asambleas de la nobleza. Á la idea de libertad tan natural en nuestro espíritu, va siempre unida la idea de causa. El hombre y el pueblo que se sienten libres, no se contentan con recibir el derecho, necesitan causar el derecho. Y merced á esta idea, á que llega el hombre siempre y el pueblo como el hombre por las leyes lógicas de su razón, que son leyes reales como las leyes de la naturaleza, nacieron los comi-

cios por tribus, reducto levantado por los pobres frente á frente de la gran fortaleza de las curias, donde se refugiaba el patricio.

Pero la libertad no puede generalizarse sino con la igualdad, y la igualdad no puede existir sino por medio de la ley escrita. Cuando el código escrito no existe en nombre de fórmulas sagradas ó en nombre de tradiciones religiosas, el poderoso amordaza y aherroja al débil. El derecho escrito, grabado en todas las conciencias, superior á la voluntad cambiante de los hombres, el derecho escrito que es una generalización de la libertad, el derecho escrito señala ya el período de la razón en los pueblos. El tribuno debia con sus protestas, con sus vetos aspirar á una ley que obligara lo mismo al patriciado que á la democracia, y fuera angusto sello de la libertad.

Entonces nacieron las leyes de las XII Tablas. La crítica ha mostrado que este código nada tiene de griego; pero la tradición poética lo ha derivado de Grecia. Este sentido poético muestra que los romanos reconocian que eran venidas de Grecia las ideas de la democracia, y que bajo la protección de Grecia pusieron esta su grande y decisiva victoria. En las leyes de las XII Tablas reina tambien el perpétuo antagonismo de Roma. Los plebeyos invaden, los patricios resisten. La invasión es señal de fuerza, la resistencia señal de vencimiento. Ya no lucha el patricio por la victo-

ria, lucha por la vida. Tres caracteres tienen las leyes de las XII Tablas; el primero es de garantía de los plebeyos contra los patricios; el segundo señala el pensamiento de un nuevo derecho al lado del antiguo derecho sagrado; el tercero muestra los esfuerzos de los patricios para resistir á los plebeyos. Así se nota que la ley es inmutable, que obliga al patricio á considerar á su cliente y no hacerle daño, que manda al usurero bajo severas penas restituir el cuádruplo, que se pone entre el sacerdote y el ciudadano, para que en nombre de los dioses no sea violada la propiedad, en una palabra, se nota que la victoria del desvalido sobre el fuerte va en rápido crecimiento, al paso que las leyes, prohibiendo el matrimonio entre patricios y plebeyos, dejando subsistente la primitiva pena ciclopea del Talion, impidiendo las canciones satíricas contra las personas revestidas de altas dignidades, prueban que la rota de los patricios es cierta y desesperada su última resistencia.

El pueblo no se puede contentar con tener esta ley escrita, con ser causa de derechos, necesita un escudo en los tribunales. El plebeyo, rey en la plaza, es mísero esclavo en el Foro. El patriciado conserva en su mente las fórmulas sagradas del derecho, los medios de proceder en juicio. Estas fórmulas sagradas, misteriosas, poéticas, descendidas del cielo y descubiertas solo al privilegio de clases superiores, enseñan que la imaginación y el

sentimiento dominan en los pueblos primitivos. La razón madura de un pueblo que ha entrado en vías de libertad, no podrá satisfacerse con fórmulas oscuras y secretas, con palabras misteriosas é ininteligibles. Querrá saber por qué el padre de familia dá un bofetón á su hijo para emanciparlo, por qué la herencia es aceptada sonando los dedos, por qué se concluyen los contratos dándose los contratantes las manos, por qué se denuncia una obra nueva al edil arrojando una piedra al muro, por qué los augures con sus ceremonias y sus símbolos intervienen en la aplicación de las leyes; por qué, en fin, se necesitan todas estas y otras muchas misteriosas fórmulas para hacer valer el derecho. El patriciado resistirá tremendamente á esta demanda del pueblo. Mientras él guarde las fórmulas religiosas, el plebeyo estará á sus plantas y en el polvo. No podrá litigar, no podrá ir á los tribunales, no podrá reclamar sus derechos sin llamar antes á la puerta del patricio á pedirle humildemente su protección y su venia. Pero un día, un hombre audaz recogerá estas fórmulas y las escribirá en su conciencia, y después las revelará en toda su desnudez á los ojos atónitos del pueblo. ¡Revolución inmensa, señores, revolución prodigiosa! La nube en que se envolvía el patriciado se deshará como niebla, el rayo divino se apagará en sus manos, el esclarecimiento del misterio será la muerte del privilegio, la letra

no oscurecerá el espíritu, ni la fórmula se sobrepondrá á la razón; las interpretaciones de la equidad del pretor agrandarán inmensamente el círculo del derecho, la tradición sagrada é inviolable se descompondrá en la conciencia del pueblo libre y progresiva; el geroglífico egipcio traído á Roma por los etruscos dejará de ser sello de la tiranía, y el sentimiento religioso propiedad de los privilegiados: el humilde, el desvalido podrá luchar á la luz del día y no en las sombras; revolución inmensa, portentosa, sin cuyo auxilio el derecho romano hubiera sido siempre oscuro, siempre inmóvil, siempre religioso, cuando Dios lo habia destinado en el plan de su providencia á ser claro, progresivo y humano.

Pero aun antes del descubrimiento de estas mismas fórmulas iba creciendo el pueblo en libertad y en derechos. La montaña de las tempestades eclipsa el sagrado monte Palatino. El plebeyo tiene asiento en la ciudad civil, asiento en la ciudad política, pero no tiene hogar doméstico. Su casa no es un santuario sellado por el derecho. Entonces se recoge en sí mismo y aspira á tener una casa, á tener un lecho protegido por la espada de la ley. Pide el *jus connubium*. La aristocracia lucha, pero cede. El plebeyo, el cliente podrá estrechar contra su pecho á las hijas de los patricios, podrá llevarlas á su tálamo nupcial, podrá tener una familia sagrada, quebrantando

así el último de los grandes privilegios sociales.

Y como ha quebrantado los privilegios sociales quebrantará los privilegios políticos. El plebeyo será cónsul, edil, pretor, y lo que es más aun que todo eso, el plebeyo será censor. Y como ha quebrantado los privilegios sociales y los privilegios políticos, quebrantará también los privilegios religiosos. El plebeyo entrará en el templo, pondrá sus manos en el ara, encenderá el fuego del sacrificio, formará parte del gran colegio de los sacerdotes sibilinos. El espíritu de libertad triunfa del espíritu aristocrático, el espíritu expansivo de la humanidad triunfa del espíritu exclusivo del patriciado; el mundo todo debe ser de esta gran ciudad.

Entonces Roma ya no cabía en su recinto, y salió de sus siete colinas como de su madriguera la leona, y blandiendo su lanza, embrazando su escudo, pidiendo inspiración al genio de sus victorias, dirigió sus ojos inyectados en sangre á los cuatro puntos del horizonte; y como si la abrumara inmensamente el peso de su alma, quiso repartirla entre los pueblos: cogió el polvo de las ciudades italianas y lo fué arrojando en el Foro para formar la Ciudad Eterna; dejó por todas partes, como reflejos de su alma, como encarnaciones de su sér, colonias y municipios: convirtió sus armas al Oriente, y huyeron las legiones de Antioco, y se destrozaron unos contra otros los

carros de oro y marfil en que dormían su voluptuoso sueño los déspotas; volvióse despues á Grecia, rompió la columna macedónica, que Plutarco llamaba invencible mónstruo escamado de espadas, y entonó un cántico de triunfo en las montañas de la libertad, en el desfiladero de las Termópilas; corrió al desierto, el caballo númera, ligero como el soplo del huracan, huyó tambien; Annibal, aquel portentoso y heróico soldado, que atravesando los Alpes y cayendo de victoria en victoria sobre Italia, contempló cierta noche á Roma á la luz de la luna, medio envuelta en el polvo, trémula, llorando sus mejores hijos muertos, próxima á desaparecer bajo las espadas cartaginesas de la haz de la tierra. Annibal, en los últimos dias de su vida apenas pudo encontrar para dormir el sueño de la muerte un pequeño campo que no fuera, ó romano, ó tributario de Roma; y así por las puertas de la gran ciudad entraban elefantes con tronos de marfil en el lomo, camellos cargados de plata acuñada, bueyes arrastrando las piedras de grandiosos edificios, los dioses de todas las teogonías; poetas, retóricos, oradores de Grecia, hermosas cautivas orientales con mantos de púrpura en los hombros y cadenas de oro en las manos; y así Roma solo descubria á su alrededor pueblos y reyes postrados de hinojos y rendidos, como el activo Prusias, que rapada la cabeza y plegadas las manos en

señal de homenaje, ofrecia holocaustos á las legiones romanas, como el hijo de Masinissa que depositaba su corona á las plantas del senado, como los ciudadanos rodios, que se tenían por muy contentos con ser esclavos de Roma, como el griego Polibio, que exaltaba los Leónidas que habian peleado contra las persas y queria borrar de la historia pátria los Leónidas que habian peleado contra los romanos, como todo el mundo, que hacia de la tierra una peana y del cielo un dosel, para albergar á la última diosa del paganismo, á la diosa Roma. (Aplausos.)

Pero volvamos al objeto principal de nuestras lecciones; á la gran lucha interior de la ciudad, que formaba la civilizacion romana. Roma despues de estas guerras comenzaba á sentir grandes y profundísimos dolores sociales, de cuyo seno iba á surgir el Imperio. El estado de Roma era el siguiente: la revolucion política se habia concluido, comenzaba la revolucion social. La antimonia que hemos advertido en política, vamos tambien á advertir en este nuevo y formidable aspecto que toma la revolucion romana. Veamos el estado de la República.

Las antiguas curias habian muerto; solo quedaban los augures de que Ciceron se reia, los símbolos que el pueblo llamaba inepeias, los treinta lictores como estatuas puestas sobre un sepulcro; los nobles se habian encerrado en las

fortalezas de la ciudad romana, en el senado, y contentos con las grandes riquezas que provenían de los regalos de los reyes, de la depredación de las provincias, apenas se curaban de la nueva libertad, esa esclava emancipada, á la que no pudiendo vencer con la fuerza castigaban con el desprecio; el oleaje revolucionario habia producido una clase, llamada de caballeros, hija del pueblo, al cual, ya encumbrada, despreciaba, aspirante al patriciado, al que hacia una guerra interesada y egoísta; clase que, enriquecida con la usura, se habia ido poco á poco apoderando de la propiedad, y que, favorecida y en alto grado por la revolucion, casi su única legataria, queria contener su oleaje, valiéndose de medios horribles nunca imaginados por los antiguos patricios cuando ese oleaje amenazaba sus privilegios; clase sin las pasiones generosas de los pueblos, sin la grandeza augusta de los nobles, idólatra de su bienestar, y de su interés, mezquino engendro de aquella portentosa revolucion; el pueblo se habia mermado de una manera horrible, los huesos de sus hijos blanqueaban en toda la tierra, y sus restos, encerrados en los comicios por tribus, gozaban de una soberanía nominal, invocada siempre por los partidos y siempre desconocida, soberanía irrisoria, que era una afrenta más en su triste suerte; y oprimido por las deudas y teniendo por acreedores á los caballeros, les ven-

dia su voto, de suerte que los plebeyos eran pobres perros de caza arrojados contra los nobles, y que deponían fieles á los piés de los caballeros la codiciada presa; el campo romano ya no se destinaba á la agricultura, sino á tierra de pastos, y bastando un esclavo á cada propietario para guardar el ganado, no necesitaban recurrir al pueblo, que falto de trabajo, esa fuente de vida, se moria de hambre; los esclavos traídos de las guerras extranjeras, convertidos en libertos poblaban á Roma; los pueblos italianos oprimidos por los tributos, pedían, llamando á la puerta del senado, el derecho de ciudadanía, y no pudiendo vencer á Roma con las armas la ahogaban con su continuo clamoreo; y hallá en el fondo de la sociedad, como esos huracanes que hierven escondidos en los abismos de los mares, el eterno mártir de la historia, el pária transformado por el progreso en esclavo, sentia asomar en su mente la idea de su libertad, que iba á descender del cielo, y rugia, y amenazaba levantarse, y de tiempo en tiempo producía algunas sublevaciones semejantes á las sacudidas de una tierra que guarda un gran volcan en sus entrañas. (Aplausos.)

Esto debia producir una revolucion, y esta revolucion debia engendrar á los Gracos. En su tiempo la constitucion romana solo se basaba en el oro; los antiguos símbolos se habian trocado en dinero, el derecho y el gobierno habian caído del al-

tar del sacerdote al escudo del soldado, y del escudo del soldado á las plantas del propietario; (Bien, bien), los votos en los comicios por centurias, no se contaban por personas, ni por familias, sino por riquezas; los comicios por tribus eran inútiles, porque no se les consultaba sino en apelacion y por fórmula, y como el pueblo no era rico, no tenia derecho á ser pueblo; los caballeros iban á ser gobernadores de las provincias, las oprimian, las saqueaban, y despues volvian á acumular tierra sobre tierra, y á devorar las entrañas del pobre, y como ellos eran los censores, sus tierras no pagaban tributos, al paso que el censo caia con inmensa pesadumbre sobre el pedazo de tierra que de aquel naufragio habia podido salvar el infeliz plebeyo, pedazo de tierra que bien pronto se comia la usura del rico, único título para ganar todos los derechos; y cuando una sociedad desprecia la virtud, el talento, por el poder y la fortuna, cuando funda el derecho, cuyo asiento es el alma, cuando funda el derecho, decia, en el oro, y solo al oro concede honores, distinciones, privilegios, y por luciente oro lo vende todo, esa sociedad está perdida, la desmoralizacion roe sus entrañas, el vicio seca su mente, la gangrena se extiende por todo el cuerpo social, y Dios misericordioso sí, pero siempre justiciero, manda á esas sociedades malditas la guerra, el hambre, la destruccion, la muerte, como mandó al pueblo de Israel aquellas serpien-

tes, cuyas mordeduras crueles envenenaban su sangre y se comian á pedazos su corazon y sus entrañas, por haberse olvidado del espíritu y de la ley, y haberse rendido ante el becerro de oro; castigo triste, pero merecido, que en iguales circunstancias se repite siempre en todas las páginas de la historia, y que es el cauterio que Dios aplica á los pueblos devorados por el vicio y la podredumbre.

Para curar estos males que parecian incurables, Dios mandó á los Gracos. Tiberio, valeroso, el primero que subió á la brecha en Cartago, elocuente, educado en la filosofia y en las artes griegas, de natural tranquilo y pacífico y dulce, arrojado á la revolucion por el continuo clamoreo del pueblo; teniendo en su corazon una caridad desconocida de los antiguos, educado por una madre que anhelando la libertad de la mujer antigua, era más bien cortesana del pueblo que diosa del hogar doméstico. Tiberio, dejándose llevar de su ardor, propuso una ley, cuyo objeto era justo, porque tendia á recabar las tierras públicas acaparadas por los nobles; y viendo rechazada esta ley, propuso otra injustísima que trastornaba toda la propiedad; y entonces, abandonado por los caballeros, no bien querido del pueblo, un dia, el dia destinado á renovar la magistratura de tribuno, le anegan todas las iras que se habian condesando sobre su frente, y delante del templo de Júpiter Capito-

lino, á cuyos sacerdotes en vano pidió socorro, cae herido y muerto con trescientos de los suyos; sacrificio cruento, pero sacrificio inútil para la aristocracia, porque de las cenizas del tribuno brotarán los Marios y los Césares. (Aplausos.)

Tiberio no habia vencido, pero habia dejado planteada la grande, la pavorosa, la inmensa cuestion social. Allí mismo recogió Cayo la herencia de su hermano; Cayo era más vehemente, más apasionado, más hermoso; su actitud era majestuosa, su voz poderosísima llenaba el Foro, su elocuencia, más griega aun que la elocuencia de Tiberio, arrebatava los corazones tan fáciles de mover por la magia de la palabra; su caridad era como un fuego purísimo en que ardia su alma, su valor no conocia límites, ni su generosidad medida; educado en la filosofia griega que los patricios tenían por indigna de la severidad romana, grandes presentimientos agitaban su corazon, grandes ideas su mente; y la injusticia social de que era víctima el pueblo le movia á ira; pues nunca ha ofrecido la historia un tribuno más decidido por el pueblo, ni más desinteresado en su decision, y así llama á los pobres, y comprendiendo que el trabajo ennoblece, emprende grandes vias, reparte entre los desheredados la herencia de Atalo, abre las puertas de la ciudad á los italianos, y en su corazon no cabe solo el pueblo romano, sino todas las gentes; espíritu feliz, que era el primer albor de la

gran alma de César que se dibujaba en los horizontes de la Ciudad Eterna.

El senado sabrá la manera de vencer á tan formidable enemigo; Cayo era tribuno, el senado se hará demagogo. El pueblo, fácil en amar como en aborrecer, pues el pueblo tiene sus faltas, sí, faltas que el historiador no debe ocultar nunca, porque son acaso las más graves y de más grave trascendencia, creyó las sugerencias de los enemigos de su gran defensor, de su gran tribuno. ¡Extraordinario jóven era Cayo Graco! En medio del menosprecio universal que de el trabajo hace la antigüedad, deifica al trabajo; en medio del exclusivismo intransigente del patriciado, su alma se abre al sentimiento de la humanidad; en medio del odio que la antigua Roma profesa á todos los pueblos, su corazon ama á los vencidos, pues vende el trigo de España en pró de los españoles, é intenta levantar de sus cenizas á Cápua, á Tarento y á Cartago. Pero los que le rodean no le comprenden, el pueblo no alcanza á leer en su alma, y solo el instinto del odio de sus enemigos adivina toda la magnitud de su pensamiento. Se celebra la votación para las magistraturas, y el pueblo elige á los enemigos de Graco. La hora de la contienda suena, hora suprema, en que va á ser sacrificado el jóven más noble de Roma. La aristocracia se reúne, armada, amenazadora, insultante en su trono, en el monte Palatino. Graco se dirige con los su-

yos al trono de los plebeyos, al monte Aventino, desafiando sin armas el furor de sus enemigos, volviendo los ojos á la estatua de su padre que se levanta á lo lejos, devorando tranquilo y resignado los insultos de los que él queria salvar y que lo van á perder; y cuando los nobles le ven, tiemblan, temen el poder de su genio y de su palabra, prometen una amnistia á sus parciales, y la mayor parte le abandonan, y los pocos que á su lado quedan, van cayendo heridos á sus piés por las flechas que desde el contrario campo asestan los arqueros cretenses, y entonces, sin esperanza, sin auxilio, solo con su gran idea, quiere partirse con su agudo puñal el corazon, pero dos de sus amigos le detienen, pelean á la entrada del puente Sublicio, y mueren allí para darle tiempo de huir; y huye, y en el seno del bosque de las Furias, á la sombra, descansando un instante de su larga carrera, oyendo el estrépito de las armas de sus enemigos que le buscan, se rasga la túnica y muestra el desnudo pecho á un esclavo para que hunda allí su espada; y en efecto, el esclavo le obedece; corre su pura sangre, dirigen sus ojos la ultima mirada al cielo de Roma, y muere á los treinta años, cuando la vida rebotaba en su seno; héroe, mártir del pueblo, perseguido anonadado y ¡oh dolor! por el mismo pueblo. Su cabeza, que un artista griego hubiera querido para que le sirviera de tipo de hermosura, es comprada por el

senado á peso de oro, y comprada muy cara, pues el infame que la vendió le habia quitado los sesos y habia llenado aquel cerebro, que llevara sin romperse una gran idea, de plomo.

La revolucion social seguia en su camino; murieron sus mantenedores, pero la revolucion quedó en pié, horrible y pavorosa. De estas luchas, como siempre, salian ganando los caballeros. Los comicios por centurias crecian en importancia, y el derecho de juzgar, verdadero atributo de la soberanía, pasaba á ser exclusivamente suyo. En este agitado tiempo dos eran las grandes luchas que habia en Roma, luchas que se levantaban, como toda la vida romana, en la grande y poderosa antitesis de Oriente y Occidente, de Asia y Grecia. La primera lucha es política, y consiste en las repetidas instancias de los italianos para entrar en el derecho de ciudadanos, y en los repetidos ardidés empleados por la exclusiva aristocracia para burlar estas instancias; lucha en que resplandece el genio de la idea expansiva, de la idea plebeya, y el génio de la idea exclusiva, de la idea patricia. Y al mismo tiempo hay otra lucha social, la lucha antigua del pueblo para conseguir la ley agraria, para ser propietario como habia sido tribuno, edil, pretor, cónsul y pontífice. Y del seno de estas grandes luchas nace un hombre que se llama Mario.

Educado en la escuela de Escipión Africano,



habiendo asistido al sitio de Cartago y al sitio de Numancia, venció en los dos encuentros más terribles que registra la historia á los bárbaros del Mediodía y á los bárbaros del Norte, á los númidas, cola separada de la serviente cartaginesa que se movía amenazante, hombres horribles, de pasiones tan ardientes como las arenas de sus desiertos, de empuje tan violento como los huracanes; y vence á los teutones y cimbrios venidos del Norte, enemigos como nunca los había visto Roma, de colosal estatura, pues superaban con su cabeza los trofeos romanos, que de un salto pasaban cinco caballos en fila, que más podían con sus gritos feroces y por los golpes dados con las lanzas en los escudos que por sus armas guerreras, que entraban en batalla formando un cuadrado inmenso, como si fueran una ciudad animada, donde encerraban multitud innumerable de carros donde iban sus hijos y sus mujeres, las cuales eran tan espantosamente fieras pero tan altamente heroicas, que en aquel día tremendo de los campos pútridos, cuando vieron caer uno tras otro á sus padres, á sus hermanos, á sus hijos, arrollados por las legiones enemigas, víctimas de su barbarie y de su inexperiencia, lejos de rendirse á la servil coyunda mataron á los ancianos, ahogaron entre sus brazos y sus lágrimas á los pequeñuelos para que no fueran esclavos ni atestiguaran la victoria de sus enemigos, y destrenzando sus largas cabe-

lleras se ataron fuertemente á los cuernos de los bueyes que tiraban de sus carros, y alanceándolos con rabia, murieron dispersas por los campos, desgarradas en las breñas y en los árboles, aplastadas en el suelo, poniendo espanto y terror en el ánimo de sus enemigos, que se asustaron de tan bárbara pero de tan heroica grandeza.

Este Mario, vencedor de los númidas, de los teutones, de los cimbrios, gran general, era jefe del pueblo. Pero á decir verdad, no tenía ninguna de las cualidades que el pueblo necesitaba en sus jefes. Era necesario un hombre de vida pura y de alta moralidad, y Mario había sido publicano; una inteligencia elevada, sublime, capaz de dirigir al bien aquella deshecha tempestad, y Mario era un latino semi-bárbaro; un orador veheméntísimo, elocuente, que confundiera en el Foro á los enemigos del pueblo, y Mario solo sabía rugir como los númidas, ahullar como los ambrones; un corazón abierto á todas las pasiones, franco y enterero, y Mario era solapado, pues á los nobles prometía una cosa y otra á los plebeyos, y concluía siempre por hacer lo que más cuadraba á sus intereses; un alma que abrazase en su amor á todo el pueblo, y Mario, cuando se trataba de ir á la guerra extranjera se crecía y esperezaba como el león, pero en tratándose de la guerra social se encerraba en su casa, diciendo que sus delicados nervios no le permitían presenciar la desunion de

Roma; necesitaba el pueblo un hombre generoso, y Mario era avaro; un gran jefe, y Mario sabía vengarse pero no sabía mandar; demasiado latino para ser romano, demasiado romano para ser latino, demasiado caballero para ser plebeyo y demasiado plebeyo para ser caballero, siendo la democracia en él más bien instinto que reflexión, sus amigos, enemigos de su gloria, le sacaron de las ruinas de Cartago, que era hermoso fondo para el cuadro de su muerte, y le llevaron vencedor á Roma donde solo supo verificar terribles matanzas que oscurecieron su nombre, y morir ignominiosamente despues de un festin, de un hartazgo de ánades y de una borrachera de vino de Falerno. (Risas.)

¿Qué se habia logrado en tiempo de Mario? Este hizo proponer al tribuno Saturnino una reparticion de tierras á los aliados italianos, y cuando vió que la proposicion naufragó, dejó que los nobles mataran á pedradas al tribuno. Apoyó á Druso para que pidiera el derecho de ciudadanía para los italianos, y despues por mala fe ó por ignorancia dejó que aquel derecho fuera ilusorio. Mario era más bien la pasion del pueblo que su idea. Pasó por el horizonte como un cometa, sólo dejó ruinas cuando el pueblo necesitaba grandescimientos donde apoyar su derecho.

Frente á frente de Mario se levantó Sila. Educado en las altas esferas sociales, nacido para ope-

ner su fuerza á la revolucion, amamantado en odio al pueblo, soñando con una dictadura para sí que le llevara á resucitar á Roma con sus ediles y sus curias; de inteligencia más que profunda sagaz y astuta, conociendo los hombres con una mirada y calificándolos con una palabra; enemigo irreconciliable por instinto y por conviccion de todas las democracias, y así ahogó en sangre la cuna de esas ideas, la riente Atenas; simulado y traidor, teniendo algo de tigre si se atiende á su aficcion á respirar vapor de sangre; rodeado siempre de magos, hechiceros, sacerdotes orientales, como muy devoto, no de los dioses, sino de adivinanzas y maleficios; hijo de la fortuna y del amor, como él se llamaba, pero hijo emponzoñado, canceroso; viciosísimo, corroido de males infames y horribles que yo no puedo mencionar aquí, viviendo siempre en brazos de prostitutas esclavas y de torpes mancebos; muy amigo de los cómicos y cómico él tambien, porque su abdicacion de la dictadura no fué más que una comedia ridícula en que abandonó el trabajo del poder para conservar toda su fuerza y toda su realidad; menospreciador de la propiedad, arrojándola como cebo y presa á sus sicarios; vengador de los nobles, pues agitando una tea encendida en la mano persiguió y anonadó á los plebeyos, y vengador tambien de los plebeyos, porque expulsó de la ciudad por deseo de lucrarse con sus tierras y